

# PLANETA DE MUJERES

*POUL ANDERSON*

**GALAXIA**  
Ciencia-Ficción

Hace 300 años, una nave llena de mujeres que se dirigía hacia una colonia espacial, sufrió un accidente en un planeta aislado. Genéticamente produjeron descendientes (todas mujeres) que han esperado durante largo tiempo la llegada de unas misteriosas criaturas llamadas varones...

## I

El cabo Doncella Barbara Whitley, de Freetoon, cazadora hereditaria, jefe de ala de las ballesteros de caballería y novicia en los Misterios, detuvo su *orsper* y atisbo a través de una cortina de maleza. La respiración sonó agudamente entre sus dientes a causa del asombro.

Había bajado por la arbolada ladera siguiendo una ruta que circulaba al sur de la ciudad. El bosque terminaba ante ella, tan limpiamente como si le hubieran talado con un hacha, y las colinas se alejaban ondulantes en un mar de verde y de rojo a causa de las flores recién nacidas, bajando hasta el amplio suelo del valle. Tras ella y a ambos lados se alzaba la Serranía, doblando hacia el norte hasta formar una remota pared azul; podía incluso ver la nieve de aquellos picos y la tenue columna de humo de un volcán. Delante, cerca del horizonte, había una línea de árboles y un fulgor metálico bajo los descendidos soles, indicando donde el Río Sagrado desembocaba en el mar.

Blancas y altas nubes caminaban en un firmamento ventoso. En esta época del día y año, cuando se acercaba el pleno verano, ambos soles eran visibles. El primero, Ay, era una mancha tan brillante que hacía daño a los ojos, hundándose en el horizonte occidental; el segundo, Bee, era una masa grande de llamas doradas por delante de Ay, cerca al confín del mundo. Minos estaba cerúleo, enorme y cubierto de bandas, en su eterna estación un poco al sur del cénit. La luna Ariadne era medio disco pálido, marchando

rápidamente lejos del planeta. A la luz diurna la luna interior Egeo, un apresurado puntito del tamaño de una estrella, no era visible... pero a las seis horas de la noche que iba a llegar mostraría su luz.

Era una cosa en el valle, a cinco kilómetros de distancia del pie en que terminaban las colinas, lo que Bárbara Whitley enfocó con su mirada.

La cosa permanecía rígida, brillante con orgullo de acero, como un esbelto dardo de guerra, aunque carecía de aletas. Como cazadora y ballestera, la cabo era por necesidad un buen juez de las relaciones espaciales y calculó la altura de la cosa como de cuarenta metros.

Era mucho más pequeña que el Navío del Padre. Pero casi tenía la misma forma, si eran verdad los retazos de sabiduría sembrados en la mente de las iniciadas. Y *tenía* que haber venido del cielo.

Un escalofrío le recorrió los nervios. Ella no era especialmente piadosa: ninguna de las Whitley lo fueron, y manteniéndose fuera de todo jaleo hubo una razón para hacerlas a todas cazadoras en tiempo de paz. Pero esto era Misterio. Siempre lo habían dicho; lo cantaban los rituales y lo contaban a los niños en las noches lluviosas cuando las llamas saltaban altas en el centro de los campamentos...

*Algún día los Hombres vendrán a por nosotras.*

El orsper agitó sus acolchadas patas y gruñó impaciente. El chasquido del cuero y el tintinear del hierro parecieron a Bárbara Whitley como el tronar del trueno.

—Maldito seas, Padre, ¡estate quieto! —murmuró y dándose cuenta de que en su costumbre de descuidada profanidad era capaz de despertar la ira de los Hombres.

Si estos eran los Hombres.

No pudo ver ningún movimiento en torno a la cosa en forma de dardo. Estaba inmóvil en el valle y su quietud era en cierto modo lo más enervante de todo. Cuando una ráfaga de viento agitó las hojas por encima de ella, Barbara

se sobresaltó y notó cómo el sudor resbalaba por debajo de su coraza de cuero.

Su mano vagó hasta el cuerno colgante de su cintura.

Podía llamar a las otras. Cuando el objeto brillante fue visto descendiendo esta mañana, sin que nadie pudiera decir qué era o precisamente dónde había aterrizado, Claudia, la vieja Udall, envió a todo el ejército a buscarlo. Ella, Barbara, tuvo la suerte de ser quien lo encontrase. (¿O acaso se podía considerar suerte a eso con respecto al modo de ser de los Hombres? ¿Y quizás aquel navío no era en absoluto de los Hombres?). Debía haber otras al alcance del oído, quizás ya vigilando.

La Vieja Udall no había dado órdenes específicas. Eso era improbable en ella, pero es que la actual situación también carecía de precedentes. Había, para estar seguro, una implicación de que los primeros exploradores que localizaran lo desconocido deberían informar inmediatamente, pero...

Eso podía ser un navío de los Monstruos. Los Monstruos eran mitad de leyenda: se decía que vivían en las estrellas, y los Hombres tenían tratos con ellos... algunas veces amistosos, otras de género completamente opuesto.

Un rizo extraviado de pelo rojizo se escapó de debajo del casco de Barbara y le acarició la nariz. La joven estornudó. Eso pareció cristalizar algo en su interior.

Ahora que pensaba, debían ser Monstruos los que viajaban en aquel navío, si es que un navío. Los Hombres hubiesen llegado de una manera mucho más ostentosa, aterrizando primero en el Navío del Padre y luego en las diversas ciudades. Y habría halos y cosas así en torno a ellos, y criaturas de metal como servidores...; bueno así tenía que ser. Y prodigios: ¿acaso la Canción de Barbara la Tuerta, hablándoles a sus propios antecesores y del ataque a Highbridge no decía: *y Minos bailará en el cielo cuando los Hombres pasen cerca?*

No era una narración épica del tipo canónico, pero la respetaba una Whitley, por lo tanto debía tener en sí más verdad de la que las Udalls y las doctoras quisieron admitir. De todas maneras eran ellas un conjunto de viejos pellejos.

La cabo Barbara Whitley, estaba bastante asustada ante la idea de los Monstruos —notaba cómo su corazón latía por debajo del blindaje de hierro— pero ellos *eran* menos horrorosos que los Hombres. Si volvía melifluamente a la ciudad, sabía exactamente cómo Claudia Udall se haría cargo de las cosas. El ejército reunido avanzaría de acuerdo con las tácticas, que eran, bueno, muy *malignas*, igual que cuando fue conducido directamente a una emboscada en Greendale. Y un mero cabo, aun cuando fuese un jefe de Ala, no sería nadie prácticamente.

Barbara nunca necesitó mucho tiempo para llegar a sus propias decisiones. Revisó su equipo con cuidado rápido y profesional. El escudo de su coraza estaba apretado y las perneras le cubrían los torneados muslos hasta las rodillas; por debajo de ellas, las botas protegían pantorrillas y pies. Su morrión estaba asegurado en su cabeza y la capa azul firmemente sujeta. El hacha de su silla fue afilada tan sólo ayer; su daga era aguda y el lazo lo tenía afeitado. Armó la ballesta de repetición y se la colocó en su brazo izquierdo doblado. Su mano derecha alzó las riendas y chasqueó el *orsper*.

El animal trotó hacia delante, salió de los bosques y se metió en terreno abierto bajando la colina con su rápido y oscilante paso propio de los animales de su casta. Las plumas blancas y azules yacían en su postura natural y la gran cabeza, con pico y cresta, con fríos ojos amarillos, estaba retadoramente alzada. Barbara esperaba no encontrarse con dificultades... los *orspers* eran lo bastante bravos cuando comprendían las condiciones del combate, pero propensos a asustarse y correr cuando algo nuevo se les aparecía.

—Bien, hija mía —se dijo a sí misma—, aquí vamos y sólo el Padre sabe lo que pasará. Espero que sea únicamente una tripulación de Monstruos amistosos.

Las Whitley todas tenían como costumbre formular sus pensamientos en voz alta, otra razón por la que pertenecían a una casta que no podía alcanzar altas graduaciones. Un jefe de ciudad o una oficial necesitaba ser más discreta.

El viento le azotó el rostro, murmurando frescuras del mar. El sol Bee estaba casi delante de sus ojos, así que comenzó un movimiento circular para aproximarse a la cosa en forma de dardo por la parte oeste. Ella imaginó que un centenar de exploradores la contemplaban con admiración desde el bosque. Pero su amiga Whitley no podría estar entre ellos... evidentemente... de otro modo habría cabalgado en su compañía. ¡Buena cosa, también! Aquella pequeña bruja de Valeria ya tenía demasiados créditos a su favor, que no había ganado.

Ningún movimiento se percibía en el objeto —ni un sonido, ni un agitarse—. Barbara creció en el convencimiento de que había un Monstruo a bordo. Los Hombres habrían salido ya largo rato antes. Y ella podía hablar con un Monstruo —o luchar con él—, o peor, morir por un desintegrador de truenos, o cualquier cosa que utilizasen como armas. Los Monstruos tenían poderes desconocidos, pero seguían siendo de este universo. Mientras que los Hombres...

Barbara jamás había pensado mucho en los Hombres. Las canciones y dichos que tuvo que aprender pasaron indiferentes por su lengua sin penetrar realmente en su cerebro. *Los Hombres son los machos de la raza humana. Nosotras íbamos a unirnos con los Hombres, pero el Navío se desvió a causa de nuestros pecados. Los Hombres son más altos y más fuertes que nosotras, infinitamente más sabios y más virtuosos, y tienen pelo en las barbillas y carecen de senos...* Ella se daba cuenta ahora de que siempre pensó vagamente en los Hombres, como si fueran mujeres corpulentas, de hecho, como su apenas recordada madre.

Una vez, cuando todas eran niñas pequeñas, ella y Elinor Dyckman trataron de hacer un dibujo de un Hombre, sin pechos y con cabello en el rostro. Las Dyckman dibujaban bien, pero el resultado de su trabajo fue tan estúpido que Barbara se echó a reír.

Ahora, mientras cabalgaba hacia el navío le volvió el recuerdo y otro arrebatado de humor se apoderó de ella. Se dio cuenta de que estaba riendo en voz alta, por encima de toda la tensión y vigilancia mientras se acercaba a la nave.

—¡Eh, ahí!

Gritó fuerte y oyó cómo su voz temblaba débilmente al ser devuelta por el metal pulido. No hubo respuestas. Un rebaño de perros grises salvajes se fue por delante, llamándose unos a otros, increíblemente desinteresados.

—¡Eh! ¡La cabo Doncella Barbara Whitley de Freetoon, habla! ¡Vengo en son de paz! ¡Dejadme entrar!

El navío permaneció completamente en silencio, Barbara le dio la vuelta varias veces. Había una puerta circular en el casco, fuera de su alcance y perfectamente cerrada. La joven gritó con aspereza, pero no hubo ni una sola palabra de respuesta, ni un rostro en cualquiera de las inexpresivas portezuelas o ventanales.

—¡Dejadme entrar! —gritó.

Ahora estaba que echaba humo. Hizo otro disparo inútil y sopló en su cuerno tan fuerte como pudo. Un correlón salió de entre las altas hierbas y se precipitó hacia el río, con sus plumas de cola agitándose de manera ridícula. Barbara le disparó... y falló, pese a que la distancia no era muy grande.

¡Digan lo que digan las historias, jamás confíese a un Monstruo!

Bee estaba ahora muy bajo, las nubes occidentales se volvieron color azafrán y las sombras comenzaron a extenderse a través del valle. Ay aún estaba alto, pero Ariadne se había movido y Minos se hacía cada vez más visible. Reta-



zos de niebla asomaban por encima de los bosques y de las montañas de levante.

El asombrado aullido del *orsper* devolvió violentamente a Barbara a la realidad. Había alguien corriendo desde el oeste.

Barbara no pudo ver muy bien a la persona... sí, tenía forma humana, no era un Monstruo. Por otra parte, no se vestía como ninguna mujer de la ciudad de las que ella hubiese oído hablar. Llevaba una especie de túnica; las piernas enfundadas en tela; un pequeño paquete a guisa de mochila en los hombros, y...

Espoleó hacia delante a su *orsper*.

—¡Eeehh! —gritó—. ¿Qué está *usted* haciendo aquí, diablos?

El desconocido se detuvo. Barbara se acercó lo bastante para ver que era una persona notablemente fea. Los amplios hombros no eran agradables, pero las caderas eran grotescamente estrechas. Tenía un pelo rubio y corto y un rostro flaco con demasiada nariz y barbilla, con exceso de huesos y falta de carne.

¡Padre! ¡Quizás *era* un Monstruo!

Los pensamientos corrieron por el interior de la cabeza de la muchacha mientras se precipitaba hacia aquel ser extraño. Con certeza no era ningún miembro de ninguna ciudad, ni familia... ella sabía y conocía el aspecto de todos los miembros de las quinientas familias y aunque había algunas personas bastante feas, ninguna de ellas alcanzaba el horrible aspecto de aquel individuo. Además ningún ciudadano de este lado de Smoky Pass se vestiría de ese modo. Y se acercaba al navío... Debía haber estado echando un vistazo por el exterior cuando ella se acercó, si, y al verla lo más probable era que se hubiera escondido... ¡porque era un ser *deforme*!

Se acordó de las viejas historias que decían que los Monstruos tenían muchas formas pero que en algunas de ellas parecían seres humanos.

¡Un Monstruo solo!

Parpadeando bajo el fulgor solar, Barbara vio que había sacado algo de la funda. Un tubo pequeño, que lo cogía con una mano y la apuntaba... Dio media vuelta para que el sol no le diese en los ojos y vio que la túnica carmesí quedaba abierta por el cuello, que el pecho era plano y peludo y que tenía masas espesas de vello en los brazos...

Apenas tuvo tiempo para pensar. El Monstruo podía o no ser pacífico. Ella se dio cuenta de que tampoco debía limitarse a derribarlo con un disparo de ballesta. Al mismo tiempo, no tenía ni podía consentir que el Monstruo la cazase con facilidad.

Soltó la presión que ejercía sobre su arco y lo dejó libre y pendiendo del correaje del hombro. Con las rodillas condujo al *orsper* y sus manos levantaron el lazo.

El Monstruo permaneció allí boquiabierto. Su arma trató de seguir los movimientos expertos de la muchacha, los saltos y brincos destinados a impedir que apuntase su arma. Respiró profundamente y la joven oyó palabras en su propio lenguaje, distorsionadas, extrañas, roncadas:

—¡Por todo el Cosmos! ¿Qué está haciendo?

Entonces el lazo salió volando y cayó en torno del cuerpo de aquel ser extraño. El *orsper* saltó alejándose, la cuerda chirrió y el nudo corredizo inmovilizó los brazos del ser apretándolos contra los costados.

La cabo Doncella Whitley galopó triunfante hacia Free-toon, arrastrando tras ella al Monstruo.

## II

El episodio había comenzado un par de semanas antes y cerca de doscientos años de luz de distancia.

Todo rutilante con túnica y pantalones a la moda, botas relucientes hasta lo increíble, Davis Bertram subió los escalones que conducían al edificio del Servicio de Coordinación. La mañana centelleaba en su torno y la áspera frialdad de una nueva ciudad en un nuevo planeta parecía sólo un prepotente saludo animoso. La puerta se abrió ante él; pasó la mano por su superficie con amabilidad y penetró en el vestíbulo. Las suelas de sus botas repiquetearon en el suelo resonando en los corredores.

Smith Hilary estaba haciendo débiles intentos de obtener información procedente del robot del escritorio. Dirigió a Davis una acalorada mirada y dijo algo acerca de mutantes con estómagos de plomo y carentes de alma.

—Meramente, seres vivientes pero con grandes pensamientos —dijo Davis Bertram—. ¿Ha probado usted la aneurina?

—He probado todo calmante conocido por las razas humanas y por la ciencia no humana —gruñó Smith—. Pero después de anoche... ¿qué estuvimos bebiendo?

Davis entonó en respuesta una canción popular.

—Creo que la glotonería acabará con usted —dijo Smith. Y con sombría malicia añadió—: ¿Estás seguro de que podrás soportar un mes en el espacio solo por entero?

—No —admitió Davis con sinceridad—. Pero es que tampoco lo espero. Confío en descubrir un planeta lleno de hermosas mujeres y permanecer allí durante años. ¿Está en casa el *Cosmioc* entero?

—El despacho se abrió hace una hora —dijo Smith—. Si no llegó con puntualidad, es que alguna supernova se lo impidió. Váyase. Espero que le devore.

Davis le entregó su gorro y bajó por el pasillo. A mil años de luz del Sol, en el borde de cuanto los humanos conocieron y colonizaron durante dos generaciones, Nerthus era el cuartel general local de los Cordy y se necesitaba tener permiso de él. Un viaje astrográfico significaba la personal aprobación del jefe.

La puerta le identificó y se abrió. La Coordinador llamada Tetsuo ocupaba un gran despacho, con una pared por completo transparente que le mostraba las espiras de Stellamont y las llanuras de más allá. Asintió secamente, con aspecto de hombre entristecido por toda una vida de guerras contra el universo.

—Siéntese, ciudadano —le invitó—. Tiene usted dos días de retraso.

—Estuve en cama todo el tiempo. Con mucha fiebre.

Yamagata le dirigió una mirada penetrante. Siempre había el peligro de enfermedad en todo nuevo planeta.

—¿Qué diagnóstico? —preguntó.

—Nada digno de mención, señor —dijo Davis melifluo. Mientras que, de hecho, el organismo responsable era un ser de un metro sesenta de altura, con ojos azules y un alto centro de gravedad, pero Davis no vio razón alguna para mencionarlo.

—Bueno... —El flaco rostro permaneció sin expresión. Yamagata oprimió un botón y preguntó al informador si le podía traer el archivo de Davis. La máquina gruñó para sí y casi al instante desparramó los documentos sobre el escritorio. El Coordinador los arregló con sus dedos delgados mientras Davis se agitaba nervioso.

—Sí, ahora recuerdo. Usted fue educado en la Tierra — los ojos del viejo se proyectaron hacia el exterior, en dirección al firmamento, como si quisiera perforar el cegador azul y mirar a través de mil años de luz localizando un hogar olvidado—. Se trasladó a Thunderhouse para adiestramiento astronàutico. ¿Por qué?

Un rubor cruzó los rasgos delgados y en cierto modo demasiado agudos de Davis. Era un joven alto y rubio —de raro aspecto en estos días— con esbeltez atlética de la que se daba perfecta cuenta.

—Quise hacerlo, ejem, para ver un planeta diferente. Sólo había estado en dos sistemas, Sigma Hominis Volantis en donde nací y después Sol. Variedad... estímulo...

—Ejem. La academia de la Tierra es la más rígida de toda la galaxia, y la de Thunderhouse es notoriamente benevolente. Bueno, me temo que eso técnicamente no me interese. Usted acaba de ser licenciado para operaciones independientes y quiere efectuar una inspección basada en Nerthus. Veo que posee también espacionave propia.

Davis se encogió de hombros. Incluso hoy, una fortuna personal significaba algo. Un individuo cuyo padre hubiese ganado mucho no era necesariamente un vagabundo, ¿verdad? A Davis jamás le había gustado mucho la Tierra; la consideraba un planeta aburrido. Era malísimo que la Tierra dominase la Unión.

—No tengo derecho a detenerle —dijo Yamagata con voz sombría—. Y menos basándome en este archivo. Pero la expedición individual en el espacio profundo... de un hombre que no tiene casi experiencia práctica... Mire, aquí hay planeada una exploración astrogràfica hacia el Macizo Fishbowl. Hay que partir dentro de tres semanas. Tripulación excelente y el patrón es el propio Hamilton. Si quiere usted probablemente le podría conseguir un permiso...

—No, gracias —dijo Davis.

—¿Pero, por qué quiere usted ir a Delta Wolf's Head? ¡De todos los lunáticos...! Sabe que en esa área hay un lu-

gar peligroso. Precisamente por eso jamás fue visitado.

La ansiedad se mostró en Davis.

—¡Entonces ahí dentro debe haber algo, en ese lugar peligroso que algunos de ustedes llaman torbellino!

—Algo que incluye su propia muerte. Sepa que no podemos enviar expediciones de rescate. El espacio es excesivamente enorme... jamás lo encontrarían. ¿Debemos pues desperdiciar el personal?

—Tengo un crucero Mark XX, señor. Armado, robótico, lo hace todo excepto pensar.

—Eso se supone que es función suya.

—Sé por qué está usted preocupado, señor —dijo Davis—. No le gustan esas expediciones sin supervisión, porque pueden llegar a ser malas para los nativos. Pero si mira usted mi psicograma verá que poseo un alto cociente de buena voluntad. No voy ni a robar ni a matar a nadie.

Yamagata sacudió la cabeza con impaciencia.

—Está bien, está bien. Discutamos su plan orbital.

Era sencillo. El torbellino, uno muy grande y extraordinario, había convertido en zona peligrosa una región de cincuenta años luz de diámetro desde que los hombres la descubrieron: casi se cumplen ahora seis décadas. Finalmente se estaba retirando de la zona de la estrella Delta Capitis Lupi. El Servicio intentaba explorar aquel sol doble dentro de otras dos o tres décadas, cuando ya no hubiese posibilidad de desastre. Corrían bastantes riesgos en el trabajo ordinario para no querer aceptar el azar más pequeño y adicional. Pero dentro de ese tiempo la estrella probablemente permitiría ser visitada. Davis tenía intención de ir hasta allí, efectuar la inspección preliminar de reglamento de sus planetas y regresar.

Si había nativos inteligentes, o algún mundo inhabitado apto para la colonización, la Estrella de Davis se convertiría en un blasón de orgullo catalogado en el Manual del Piloto. Si no, sólo habría perdido unas cuantas semanas.

Mirando al joven desde la otra parte del escritorio, Yamagata suspiró y se preguntó si Cristóbal Colón había sido tan idiota como el joven que tenía delante.

—Muy bien —repuso—. Si no vuelve, ciudadano Davis, tendremos que presumir que el torbellino se lo tragó a usted después de todo.

—O los nativos.

—Lo dudo. Sabemos muy bien que no hay ninguna raza con energía atómica en ese sistema. Nuestro detector que es de neutrino lo habría localizado hace tiempo si la hubiese. Presumo que puede usted tratar con seres primitivos y que conoce las leyes que castigan a los que se ponen demasiado violentos con ellos.

Davis asintió, un poco malhumorado. Tenía una vaga noción acerca de ser el gran dios blanco para una gente agradecida con colas y antenas... sueños de adolescente, claro; los sistemas de cultura merecían protección, no podían ser trastornados de la noche a la mañana sin causarles un grave daño.

Ya sería suficiente con hacer el viaje. Si encontraba un planeta importante... estaba aquella chica en el Valle de Júpiter y el encanto de un descubridor...

Yamagata se puso en pie.

—Buena suerte, ciudadano —dijo con suma formalidad.

Davis se inclinó y salió. Yamagata le oyó silbar nada más estuvo en el corredor.

Al poco entró Smith para formular su pregunta de rutina. Era un hombre dedicado al transporte interplanetario, que comerciaba con Hertha, el mundo siguiente hacia el sol. Yamagata le detuvo.

—Conoce usted a ese tal Davis —dijo. Pero no hubo en su tono nada de pregunta.

—Sí. Ejem, de hecho, coordinador, salí con él por la ciudad anoche.

—Hijo de un hombre rico —Yamagata miró con fijeza a la pared—. Qué cosas más raras ocurren de nuevo en la